

## El amor es el demonio

Salvador Sáenz

*Para Rafaela*

Esa noche, después de cantar en el bar La Tumba, estaba inconsolable. Hice una llamada a un celular y al poco rato llegó Carolina, una amiga muy querida, a consolarme. Le conté mis penas:

—La neta, Caro, la sigo amando —le confesé entre un amargo sollozo, después de darle el último trago a mi cerveza.

—¿Otra vez con lo mismo, Javier? —me regañó—. Ya pasó más de un año y sigues aferrado todavía. Lo único que consigues con esto es fregarte más a ti mismo. Eres tan cursi que de seguro ya estuviste encerrado en tu cuarto, escuchaste canciones románticas y te pusiste a chillar como vieja. ¡Cómo eres pendejo! Te he dicho miles de veces que te estás negando la oportunidad de volver a sentir algo especial por otra mujer, hay tantas chavas que se mueren por andar contigo ¡y tú no te das cuenta!

Las palabras de Caro eran contundentes, por eso me encantaba platicar con ella. Siempre me aliviaba por su franqueza, porque es neta y no se anda con pendejadas. Ella sabe todo de mí, a ella y a nadie más le platico todo esto porque es la única mujer que me escucha con toda la atención del mundo. Caro sabe que la pasión más grande en mi vida es la música, a la que me entrego como un creyente a su religión, a la única que adoro y le rindo culto todos los días. Ella conoce la combinación extraña de mis quehaceres: canto en bares los sábados por la noche y entre semana trabajo en la Procuraduría. También se burla de mí. “Tú estás loco, ¿cómo puedes trabajar en dos cosas tan contrarias? ¡Eres trovador y burócrata al mismo tiempo!”. “Todos los creadores —me justifico— estamos condenados a eso, carnala. No podemos vivir sólo del arte porque

nos morimos de hambre. Mira, yo prefiero ese trabajo mediocre que no traer lana para el desmadre de los *finés*; además, para algo tenían que servir una *palanca* de mi madre y mi carrera trunca de derecho, ¿no?”. Carolina sabe que hago deporte, que me gusta ir los domingos en la madrugada a escalar el cerro, que me gusta leer y que algunas noches de insomnio me da por escribir poesía. Ella tiene la enorme capacidad de levantarme el ánimo (y no sólo el ánimo, con ese cuerpo que tiene) cuando me se siento de la chingada. Esa noche, mi amiga tuvo que soportar mis lloriqueos y escuchar con cierto fastidio la cantaleta de siempre, sobre el dolor que me había causado la separación con Rocío, a la que no podía olvidar todavía.

Después de darle muchas vueltas al asunto; de explicarme sus teorías psicológicas al respecto; y como siempre, de no encontrar ninguna respuesta clara para mi destino, volvimos a una charla que empezó la última vez que nos encontramos y que se resume en lo siguiente: Carolina había llegado a la conclusión de que eso de tener sexo y hacer el amor no eran más que dos formas distintas, una realista y la otra romántica, de nombrar a la misma cosa.

—A ver, cómo está eso, explícame —le pedí aquella ocasión desconcertado.

—Sí, Javier: que los hombres y las mujeres tratan de diferenciar, emborrachados en la cursilería, el simple acto de tener relaciones sexuales. Pero no es más que lo mismo, sólo que a veces nos pasamos la vida idealizando las cosas y al último terminamos reprimiendo nuestras pasiones. Mientras yo tenga un orgasmo rico cuando me lo haces, por mí puedes amar a las que quieras.

Quedé impactado con sus palabras, estaba sorprendido de que fuera ella, y no yo, el que dijera todo eso. Caro ya andaba muy ebria, por eso se sinceraba conmigo, nos llevábamos a toda madre. Y a pesar de lo desconsolado que me encontraba, no era un tonto: sabía perfectamente lo que me estaba proponiendo. Ya me lo había dicho una vez en el bar: que yo le gustaba, que estaba enamorada de mí, que le fascinaba mi música cuando tocaba en los bares porque según ella yo

cantaba con *filin* y le provocaba, con mi pura voz, sensaciones placenteras en su cuerpo lo que otros no lograban con su pito. Cuando me lo confesó, me hice el pendejo porque su declaración me puso nervioso, preferí no hacerle mucho caso de momento. Sin embargo en otra ocasión no me aguanté la curiosidad y le pregunté directamente porqué un hombre como yo, apasionado y bohemio, podría gustarle a ella, que era más fría y calculadora, y me respondió: “Pues ya vez, así somos las mujeres de complicadas, decimos una cosa y hacemos otra. Nunca trates de entendernos porque sólo te causará frustraciones y borracheras.” A pesar de lo mucho que nos queríamos, yo sólo la veía con ojos de amistad. Habíamos coincidido en muchas parrandas juntos y éramos los únicos, entre toda la bola de camaradas, que nos comprendíamos mutuamente; aunque, claro, como pasaría con cualquier otro hombre, también se me “perdía la mirada” al ver su cuerpo tan bien formado, con esos escotes provocativos y ese culito tan redondo y suave. Muchos cabrones andaban tras ella pero los mandaba a volar cuando salía conmigo, eso me halagaba un chingo.

Nos tomamos varias cervezas más mientras escuchábamos a un trovador que nos lanzaba unas de Silvio Rodríguez. La llevé a su casa y, antes de despedirnos, me robó un beso cachondo que yo, confundido y mareado, no quise evitar.

—Entonces, Caro —alcancé a pronunciar en medio de mi caos momentáneo—, con todo esto que me haz explicado sobre el sexo, ¿para ti que es el amor?

—El amor es el demonio, papito —este sobrenombre me hacía temblar cuando lo decía por el alto grado de erotismo con el que lo pronunciaba—. Se apodera de ti cuando menos te lo esperas. Te habla al oído todo el tiempo y te mal aconseja siempre. Pero el sexo es una cosa muy mundana que hasta los animales disfrutan.

Antes de cerrar la puerta se me quedó mirando un buen rato, en un mensaje que yo interpreté así: “cuando quieras, ya sabes”, que yo me llevé a la cama y me dejó pensando toda la noche. Cuando al fin logré dormir, una inconfundible voz infernal perturbó mi sueño y me reveló:

“No le des muchas vueltas al asunto, maestro. Hazle caso a tus huevos, ellos saben bien lo que te conviene”.

Cantar en bares te hace de alguna manera popular con las chavas. Todos los músicos lo sabemos: mientras estás cantando, alguna mujer te lanza una mirada perversa que te desnuda con la imaginación; alguien te pide en una servilleta, además de alguna rola en especial, que te acerques a su mesa cuando termines tu presentación. Y así conoces a muchas mujeres hermosas. Ellas, no todas por supuesto, te piden que interpretes canciones modernas, de las que pegan en la radio; se emocionan cuando lanzas unas de Sin Bandera o de Yahir: empieza el griterío por todos lados. Muchos amigos me tachan de convencional, de superficial; dicen que mi repertorio tiene puras canciones comerciales. Y es la verdad, para qué lo niego (aunque a mí me gusta la trova), pero la neta es que con los *hits* de la radio he conquistado a muchas fanáticas, pues les encanta cuando toco, por ejemplo, alguna canción rockera y se ponen a bailar y a cantar conmigo.

En una de esas noches escandalosas, que se viven normalmente en La Tumba, conocí a Rocío: la mujer por la que estuve a punto de dejar los escenarios artísticos y cambiarlos por los acogedores brazos del matrimonio. La recuerdo como si estuviera conmigo todavía: su mirada penetrante con esos ojos verdes como inyectados, y su cuerpo ligero como una frágil cuerda de nylon. “No mames, cabrón (me acuerdo que le dije a un amigo que también cantaba esa noche). Esa morena parece que viene de la India, por sus rasgos afilados”. Ella me escribió un recado diciéndome que me veía a la salida del bar. Estaba con una amiga suya y me pidieron que las acompañara a una fiesta que iban a tener. Me preguntaron cuánto cobraba por animar una velada y yo de sangrón les dije que para unas chicas tan bellas como ellas, hasta pagaba por cantar. Ellas se rieron y se miraron, como que les caí bien de entrada. Aquella noche nos emborrachamos, cantamos hasta la madrugada y al terminar, ella y yo nos fuimos a la cama, así de rápido fue el desma-

dre. Unos días después nos hicimos novios “formales”, ella así lo quiso, y nuestra felicidad duró un año y medio hasta que terminó, así de volada. Un día comenzó con los reproches, iniciando con un sutil: “Necesito espacio, quiero salir con mis amigas a la disco, me molesta que desaproveches los fines de semana y te la pases tocando en bares” para luego rematar con un fatal “Es que no me entiendes” que me caló hasta las costillas, como si me hubieran madreado en una redada. Ni me dio chance de defenderme, no alcancé a decirle que podía salir con ellas a divertirse, sin ningún problema, pero tal parece que iba decidida a darme el cortón sin esperar explicación por parte mía. Unas semanas después de la separación, tras hacerme el loco y fingir que no pasaba nada, me llegó de golpe la depresión. A pesar de que yo salía con amigas y andaba de cabrón —en todas las fiestas, acostándome en ocasiones con alguna de ellas—, no era lo mismo. Yo seguía pensando en mi Rocío, tanto la extrañaba. Mis presentaciones en los bares se pasaban de dramáticas y muchos gerentes se empezaron a disgustar conmigo porque solo tocaba canciones tristes. “Estás espantando la clientela, Javier —me dijo uno de ellos—. Hasta se te oyen los mocos cuando estás cantando, cabrón”.

En una de esas parrandas también conocí a Carolina: una rubia a toda madre que llegué a considerar no mi amiga, sino mi carnala. Estudiaba el sexto semestre de psicología. Platicábamos mucho y ella no se perdía ninguno de mis *shows* a donde yo cantara.

Cuando supo lo de mi separación, me hablaba todos los días a mi celular para consolarme, y yo me dejaba consentir por ella. Pero cuando me confesó que estaba enamorada de mí, puse una cierta barrera entre ella y yo (ahora que pasó todo aquello digo: ¡qué pendejo era, para qué me hacía tanto del rogar!). Y es que no quería involucrarme sentimentalmente con Carolina porque la quería demasiado y no deseaba lastimarla, en el estado triste en que me encontraba; aún cuando ella, tan sensual y provocadora, hacía todo lo posible por acostarse conmigo: En ese entonces era yo todavía un romántico insobornable.

Me quedé pensando en las palabras de Caro. Hasta ese momento, con la única mujer con la que me había sentido sublime en la cama era por supuesto con Rocío. Lo hacíamos en todos lados y *a capella*, o sea, sin condón, nos valía madres: en la calle, en mi casa, con su abuelita los domingos, en un autobús, en un elevador, ¡hasta en una iglesia!... y es que el elemento definitivo que le daba sabor a todo aquello era el temor a ser descubiertos por la gente, por sus papás (que por supuesto no sabían de nuestros deslices pasionales); era lo que le daba magia al acto. Una tarde de lluvia nos fuimos a orillas de la ciudad, donde pensamos que no nos iban a alcanzar las miradas de nadie. Y ahí, en plena calle, le subí la falda, me desabroché el cierre del pantalón y me la trepé. Gritaba como loca, no le importaba, era lo que más me encantaba de ella, que era igual de desmadrosa que yo. Pero nos cayó la patrulla en pleno faje. Yo traté de mostrar mis credenciales de la Procu (uno como funcionario público siempre trata de impresionar a sus camaradas fingiendo ser influyente) pero los polis de ahora son bien cabrones, ya no se apantallan con nada. Tuve que darles mis últimos trescientos pesos de la quincena para no darnos el quemón con un periodico.

—¿Para ti qué tiene de especial *hacer el amor*? —me preguntó Carolina en el bar.

—No sé, son muchas cosas. Lo único que te podría decir es lo que viví con *ella*. Cuando hacíamos el amor no planeábamos nada, salía de repente, a veces ella me lo proponía, a veces yo. En mi casa yo siempre dejaba en mi cuarto algo listo para cuando llegara a ofrecerse: dejaba el cd de Barry White en el estéreo, con esa música sensualona que sólo él posee; me ponía a ordenar mi cuarto (que para mí hacer eso es un verdadero fastidio) pero no me importaba. Es más, hasta ponía veladoras y dejaba la habitación a media luz para que se viera más *apropiada*. Esto te lo confieso para que te des una idea de lo mamón me ponía por ella.

“Se me ocurre —continué con mi discurso— que una de las diferencias entre sexo y hacer

el amor es, por ejemplo, la comunicación. No hablo del lenguaje de las palabras, sino de los cuerpos: eran ellos los que se hablaban en medio de un baile erótico; se respiraban, gritaban y callaban al mismo tiempo, se acariciaban, y todo eso, Caro. Y es que no somos animales para no sentir, como piensas tú: el hombre ennoblece y sublima el sexo con amor.”

Carolina no pudo contener la risa al escuchar mis alegatos y se tapó la boca para reprimir una carcajada. Era obvio que me veía como su pobre niño romántico.

—Perdón, ¿qué me decías? —se limpió con una servilleta la boca y se hizo la pendeja.

—Si te vas a reír hazlo, pinche Caro, no me importa, pero déjame te sigo contando. Cuando estaba con *ella* no pensaba en nadie más; por ésta, te lo juro. Me sentía pleno, y es que Rocío me llenaba completamente. Con decirte que, no es por nada, en ocasiones ella terminaba hasta tres veces seguidas antes que yo. En otras, yo llegaba bien caliente y de plano le decía “no mames, no aguanto, yo acabo primero, mi reina, luego tú”.

“Lo más sensual, pienso yo, es lo más tierno. A veces le escribía canciones o alguno que otro poema; ahora con nadie más me nace hacerlo, me da flojera. Cuando descubres a una persona y sientes como una suerte de revelación, no piensas demasiado las cosas: basta con que la mires y te metas en sus ojos; vas descubriendo que el sexo no es el fin, sino sólo un medio para llegar a ser felices. En pocas palabras y para terminar pronto: Lo que expresas al hacer el amor no es más que la entrega libre y sincera de ti mismo a tu pareja.”

Después de soltar sonora carcajada, burlándose aún más de mis boberías, Caro se acercó demasiado a mi boca y me dijo: “Por eso me encantas, papito, por tontito” y me robó un beso apasionado que hizo que se me abultara el arco de mi pantalón.

—Te voy a decir una cosa —me dijo cuando terminó el beso—. Lo que me acabas de decir te lo da el sexo también. Tú a mí me fascinas y todo eso te lo puedo dar. Puedo hacerte sentir exactamente lo mismo sin que te ame. Para lograrlo (y va en juego mi teoría al respecto) se nece-

sitan las condiciones adecuadas, el ambiente propicio para tener relaciones: Basta con estar sumergidos en el lugar que más te hace feliz, el sitio que te llene de paz, donde te sientas pleno y en armonía con el universo para que el acto se concluya con plenitud. Es más, te reto a que lo pruebes.

Más obvio no podía ser. Carolina me estaba proponiendo que tuviera relaciones con ella y me desengañara de una vez por todas de ese mundo encantador en el que yo vivía por el amor de Rocío. Me estaba envolviendo en un sutil juego para poner a prueba sus teorías psicológicas estudiantiles: a mí, un ser vulnerable e indefenso; a mí, que me tomaba como su pobre rata de laboratorio, para luego, hacerme sufrir más en mis ya de por sí amolados sentimientos. En otro sueño, la misma voz endiablada (esa voz que me ponía a pensar de dónde demonios provenía) me retó: “Acuéstate con ella, hombre, dale lo que pide. ¿O qué, a poco eres maricón?”.

“¿Cómo poder estar tranquilo con tales proposiciones, provenientes de una mujer como Carolina, impresionante, inteligente, bellísima, buenísima?”, reflexionaba sentado en la punta del cerro, mientras me purificaba con toda la energía positiva de la naturaleza, una tarde en que no tenía otra cosa mejor que hacer. No la pensé tanto para aceptar su propuesta pues me atraía demasiado. Pero por otro lado también había la posibilidad de perder la amistad por una acostada, cosa que me tenía con pendiente pues yo la quería un chingo y me preocupaba que fuera a terminar mal este asunto. Pero pudo más la rebeldía de mis hormonas que mis confusiones existenciales y resolví seguirle el juego a Caro; total, si ella estaba tan segura tal vez tenía razón. A lo mejor sus teorías tenían algún sustento sólido en sus estudios y yo estaba divinizando, como casi todo el mundo, el acto de tener relaciones. Para disfrazar la situación y no decirle tan secamente que nos acostáramos (la verdad me hacía pendejo, no era necesario que Carolina fuera psicóloga para adivinar de inmediato mis intenciones), le propuse que me acompañara la madrugada del domingo a

escalar el cerro: a ese día y a esa hora era raro que alguien se subiera, situación que nos conven-  
dría a los dos, en primer lugar, porque cumplía perfectamente el requisito de estar en un “sitio  
que te llene de paz, donde te sientas pleno y en armonía con el universo para que el acto se con-  
cluya con plenitud”, según Caro; y en segundo, para calmar las ganas insaciables de cogernos  
mutuamente sin tener que pagar un motel.

La noche del sábado fue demasiado escandalosa en el bar La Tumba. Primero tocó un tro-  
vador, luego yo, después una banda de rock y al último unos puñales que tocaban flamenco.  
Saliendo, nos fuimos a otra parte unos amigos, Caro y yo, a seguir el desmadre. Nos pararon va-  
rias patrullas y esa noche iba decidido a hacer valer mis influencias de la Procu: traía mi creden-  
cial vigente, una placa de policía que pedí prestada a un camarada y un gafete que me identifica-  
ba soberbiamente como empleado estatal: esa noche sí se la pelaron los pinches polis. Mis ami-  
gos me festejaron la soltura y decisión que demostré a la hora de discutir con los azules. “La frase  
oficial que debes decir en estos casos —les dije completamente ebrio— es la siguiente: Hazte a  
un lado que estás obstruyendo la ley, cabrón”. Todos soltaron la carcajada y aplaudieron como si  
hubiera dicho algún discurso político. Nos terminamos tres cartones de cerveza. Íbamos en dos  
coches; Caro y yo en el asiento trasero de uno de ellos. A la sorda, me tomaba de la pierna y me  
frotaba despacio, ya andábamos los dos bien calientes a esas alturas de la noche, por eso les pedí  
que nos llevaran a mi casa. Nos subimos a mi carro y seguimos la parranda ella y yo solos.

—Vamos al cerro —le dije de repente.

—¿A estas horas? —se hizo la inocente.

—Sí, quiero que veas cómo brillan las estrellas desde allá arriba.

Caro pegó un grito de risa y aplaudió diciendo que sí; nos terminamos el último six. Esta-  
cioné el carro en las faldas del cerro, nos bajamos como pudimos y empezamos a subir. Se oían

aullidos de coyotes a nuestras espaldas, pero no nos importó demasiado. De pronto la detuve: le regresé la mirada perversa que tantas veces me lanzaba en el bar. Ella se arrojó a mis brazos y me dio un beso que duró varios minutos. Me desabrochó el pantalón, yo le quité la blusa, ella me arrancó la camisa y yo le subí la falda. De pronto nos acostamos entre las piedras frías que para ese entonces ya ni nos calaban. Me sedujo con sus palabras tiernas. Me acariciaba el cabello y yo hacía lo mismo con sus pechos. Me besó desde los brazos hasta los muslos. Y empezó a chupar. Pasaron los minutos, ella gemía y yo le imitaba. La monté sobre mí y duramos otro rato más con el frotamiento mutuo de los sexos; pero el orgasmo no llegó nunca para ninguno de los dos. En un último intento, Caro me tiró de nuevo y se sentó sobre mi pecho y comenzó un baile erótico que me encendió de inmediato, acercaba su sexo a mi boca pero lo alejaba cuando yo intentaba succionarlo. La penetré de vuelta, encima de mí, pero aquello duró los minutos suficientes para que nos diéramos cuenta que no iba a terminar nunca.

Nos fuimos al coche, resignados. No dijimos palabra alguna. La llevé a su casa y antes de despedirnos me miró a los ojos y me dio un beso que me robó el último aliento que me quedaba.

—Tú teoría sobre el sexo sin amor falló, ¿no crees? —le dije a Carolina Freud.

—No sé lo que estés pensando —me dijo antes de entrar—. Pero yo sentí que se lo hiciste a ella y no a mí. Por eso nunca te *veniste*. La sigues amando, para qué te haces pendejo.

Yo ya no supe qué responderle y no tenía ganas de hacerlo. No me atreví a decirle que habíamos quedado en que esto era un juego, que no se lo tomara en serio. Cerró la puerta casi en mis narices y yo me regresé a mi casa con la música de Lenny Kravitz a todo volumen, para no escuchar mis propios pensamientos. Antes de dormirme fui al baño a masturbarme mientras reflexionaba lo siguiente: “¿Qué hicimos mal? Una de dos: O ella no estuvo lo suficientemente lubricada o yo de plano me estoy volviendo impotente”.

Algunos días después de aquel encuentro pasional, al no tener ninguna noticia sobre Carolina, comencé a extrañarla: cantar en bares te hace de alguna manera más sensible de lo normal, sobretodo cuando la gente te pide canciones de adoloridos a cada rato. Varias veces estuve tentado a mandarle un mensaje por el celular pero yo mismo reprimía el impulso, era la maldita voz que no me dejaba en paz, me decía “no chingues, maestro, es muy pronto, no te entregues tan fácilmente”, pero otras veces también me decía “bueno, ni hablar, la necesitas, qué le vamos a hacer”, no sabía muy bien porqué. Pero un día, sin esperarlo, ella apareció en el bar mientras yo cantaba, me regaló su sonrisa provocadora y ya no fue necesaria ninguna explicación entre los dos. Después de eso, yo fui haciendo a un lado el estigma de la amistad y empecé a verla con ojos más cachondos hasta que me sentí perdidamente enamorado de ella y nos hicimos novios. Un día, después de salir de la disco, nos fuimos a mi casa: esa noche nos acostamos y tuvimos como cinco orgasmos cada uno. Esta situación me puso a pensar lo siguiente y viene a representar para mí algo así como una conclusión a todo esto:

¿Qué fue aquello que me hizo rechazar ¡en una sola noche!, a una chava que me escribió un recado en una servilleta “me gustas, mi rey, vámonos a otra parte”; a una morena que se acercó a pedirme una canción y se subió a darme un beso en la boca y yo me saqué; y para rematar, a Rocío, la que fuera el amor de mi vida, que apareció de repente y me dijo, “lo he pensado mucho, me he dado cuenta que te sigo amando y quiero volver contigo”? ¿Por qué si todas ellas se me pusieron de pechito, las mandé a la chingada una por una, y peor aún, no sentí ninguna especie de remordimiento al hacerlo? Cuando salí con Carolina para seguir el desmadre juntos, ya lo tenía todo bien clarito: era el pinche demonio que se había apoderado otra vez de mi pobre alma condenada.